



Primer Congreso Mundial de Oblatos Benedictinos

Roma 19/25 de septiembre de 2005

Saludo inicial de la coordinadora italiana, profesora Angelamaria Fiorillo
Monasterio "Sant'Antonio Abate" Eboli (Salerno)

Queridos,

en nombre de todos los oblatos italianos y de la dirección nacional os doy la bienvenida a Roma con ocasión del primer congreso mundial de la gran familia de los oblatos benedictinos. Como coordinadora del grupo italiano tengo el placer de saludar y de dar muy particularmente las gracias a los relatores que a lo largo de estos días nos ayudarán a reflexionar sobre el tema de la Comunión, de la Contemplación y de la Misión, a la comisión organizadora, que con su magnífico trabajo ha hecho posible la realización de un acontecimiento tan importante y al mismo tiempo tan complejo, al Abad Primado, que continuamente ha estimulado y sostenido el congreso, y, finalmente, doy las gracias a todos los oblatos de los 1203 monasterios benedictinos esparcidos por el mundo, que se han unido en torno a esta iniciativa y que con la oración y con gestos concretos de solidaridad han permitido que llegue a buen fin.

A los aquí presentes renuevo la bienvenida, deseo un buen trabajo y una buena estancia en Roma; a todos los oblatos que no han podido estar con nosotros quiero hacer llegar nuestro saludo lleno de afecto; los sentimos próximos en la oración y en la reflexión de estos días.

En la carpeta encontraréis los datos relativos al censo que ha sido elaborado de los distintos monasterios y de la existencia de oblatos en cada uno de ellos. Os digo solamente que sobre 1203 monasterios censados ha sido registrada la presencia de aproximadamente 25000 oblatos.

Quisiera saludar a todas las delegaciones presentes:

Bélgica, Bulgaria, Croacia, Francia, Alemania, Irlanda, Italia, Lituania, Luxemburgo, Holanda, Polonia, Hungría, República Checa, Portugal, España, Suiza, Reino Unido, Brasil, Canadá, Chile, Estados Unidos, Trinidad y Tobago, Filipinas, Corea, India, Senegal, Benín, Nigeria, Ghana, Tanzania, Togo, Australia, Japón, Sudáfrica, Taiwán...

Una gran familia que se reúne por primera vez, que proviene de varias partes del mundo, con lenguas y culturas distintas, con diferentes expresiones del carisma benedictino, pero testigo unitario del valor y de la modernidad del mensaje de nuestro Padre San Benito.

Modernidad que encuentra un valor aún más significativo si pensamos de qué modo la sociedad contemporánea expresa sus más fuertes necesidades.

¿Qué hay en nuestro entorno? ¿Qué expresan nuestras realidades? ¿Qué necesidades? ¿Qué valores?

Guerras, luchas fratricidas, homicidios, violencia de cualquier género, sin ningún freno o respeto por la persona humana como tal.

¡Las crónicas diarias que nos llegan de todo el mundo están impregnadas de tanto sufrimiento del espíritu humano!

Una lectura superficial de este fenómeno nos podría llevar a un sentimiento de desánimo y de pesimismo en el que intenta encontrar espacio el mensaje cristiano.

Pues no.

Precisamente cuando todo parece perdido, cuando el mal lo inunda todo y el hombre parece sucumbir, cuando no sobresale con fuerza el grito de ayuda al Señor sino que la blasfemia y la ofensa son lo más cotidiano... entonces, justamente ahí, precisamente en este momento, tiene su inicio la búsqueda de Dios.



El ejemplo y la enseñanza los tomamos precisamente de san Benito, que en una época de crisis fue promotor de nuevas maneras de búsqueda de Dios, capaces de construir una nueva civilización.

El tiempo que vivimos nos obliga ciertamente a grandes responsabilidades, como cristianos y como oblatos, conceptos que coinciden porque uno es la continuación del otro.

Responsabilidades que afectan no solamente a nuestro ámbito personal, nuestro compromiso cotidiano, nuestro camino hacia la santidad, es decir el ofrecimiento a Dios, sino también y sobretodo a nuestra misión en el mundo. Así pues, es necesario reflexionar sobre cuáles pueden ser las modalidades posibles de ofrecernos a los demás.

La figura del oblatos vinculado a su monasterio, que emprende un camino de búsqueda espiritual, que comparte con los monjes aspectos y tiempos de la vida monástica, que prende su llama a la llama común, que se convierte en su celoso y privilegiado guardián... está ahora superada, o mejor dicho es solamente un aspecto de la tarea que nos espera en la vida cotidiana en la que estamos llamados a llevar nuestro testimonio.

Precisamente el tiempo que vivimos nos indica un nuevo camino, el camino que sigue los senderos del mundo, que avanza en medio de los demás, que penetra en los corazones y los sentimientos de personas distintas, que se abre al diálogo interreligioso, que habla nuevas lenguas, que llega hasta el más lejano de nuestros hermanos, superando obstáculos, dificultades, prejuicios, y abriéndose al diálogo y a la comunión.

Los momentos de la vida cotidiana, en los que el oblatos da testimonio de su oblación con las obras y con las palabras, se convierten así en ocasiones para una nueva evangelización. También nosotros, los oblatos, estamos llamados a esto: evangelizar y evangelizarse, continuamente, sin reposo, sin dar nunca nada por descontado, dispuestos siempre a volver a empezar, pero sin obstinación, con la serenidad de quien tiene buenas espaldas, sostenidas por la Regla vivida, con la convicción de los hijos que se sienten fuertes porque pertenecen a una gran familia, cuyos principios y valores sólidos reconocen y comparten.

El oblatos y los laicos, hoy más que nunca, pueden contribuir mucho al monacato y a la cristiandad en general. En la familia, en el sitio de trabajo, en los lugares públicos, en cualquier momento del día el oblatos está en contacto con los demás, puede dar respuestas concretas e inmediatas a las necesidades expresadas, puede comprender y hacerse suyas más fácilmente las necesidades y las urgencias porque se encuentra allí..., con los ojos y los oídos abiertos, dispuesto a escuchar y a ver con los sentidos del corazón. Sin prejuicios o estereotipos ante identidades diferentes a las nuestras.

La ocasión que nos ha traído a Roma ha sido este congreso, que podemos considerar con toda verdad el inicio de un cambio importante para todo el mundo benedictino.

Si nos limitásemos solamente a escuchar las conferencias, los trabajos de grupo y todo lo que prevé el programa de estos días, ello sería muy poco, sin que con esto quiera disminuir de ningún modo todos los que intervendrán.

El objetivo más importante de estas jornadas es el diálogo entre todos nosotros, la reflexión que desembocará en la identidad y la misión del oblatos en el mundo. Nos conoceremos en nuestros diferentes aspectos, nos aceptaremos y seremos amigos... y ya que seremos amigos no querremos perdernos de vista.

Como auspicio de una continuidad de estas jornadas se podría pensar en una coordinación más amplia de los oblatos, que se ocupara de organizar los contactos con los enlaces de las distintas naciones, que promueva intercambios entre monasterios de distintas partes del mundo, que dé vida a los encuentros de este tipo, en un espíritu de comunión y de fraternidad entre los pueblos.

Con este mismo espíritu nos confiamos a la Palabra, y con este mismo espíritu os renuevo a todos vosotros la bienvenida de parte de todos los oblatos italianos y del mundo.



Saludo final

Buenas tardes, buenas tardes a todos, no parece que sea verdad... pero nuestros trabajos están llegando a su término. El primer congreso mundial de los oblatos benedictinos ha dado sus frutos: amistad, intercambio de opiniones, diálogo y oración han caracterizado estas jornadas de Roma.

Efectivamente hemos conseguido transformar lo que al principio eran *delegaciones, representantes...* en Ángela, Juan, Thina, Miguel, Giovanna, Luis...

Como en todas las primeras veces, también en este caso podíamos haberlo hecho mejor, pero lo confiamos todo al próximo congreso.

En este momento tengo que dar las gracias otra vez a todos los que se han entregado totalmente para que todo esto se realizara, con humildad y sacrificio, poniendo su servicio en beneficio de quien ha venido de lejos para vivir esta experiencia. Y es solamente gracias a este espíritu de servicio que ha podido realizarse el congreso.

A lo largo de los trabajos de grupo, tanto de los oblatos como de los coordinadores nacionales, ha destacado un dato: todos han concedido el primer lugar a la liturgia y al sentido de la oración que nos ha unido en estos días, superando la dificultad de las distintas lenguas y de las pequeñas diferencias culturales. Las tradiciones, los cantos, las costumbres de las distintas etnias, la oración común, el canto gregoriano, el espíritu benedictino, han permitido que se realizara lo que en la vida de san Benito se define "el mundo en un rayo de sol".

Me comprometo fuertemente a lograr mantener los contactos con los coordinadores nacionales, con los que es importante mantener abierto el diálogo sobre los temas más urgentes referentes a la entidad y la identidad del oblato, su relación con el monasterio, su misión en el mundo. El patrimonio cultural y humano construido en estos días no ha de perderse de ninguna manera; sobre tal patrimonio hay que cimentar nuestro testimonio y nuestra misión en el mundo.

Os ruego que llevéis a vuestros grupos, a vuestro monasterio y a vuestras familias el saludo más cordial de los oblatos italianos, y a vosotros... un hasta pronto.

Hasta la próxima, un abrazo.
